

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Basílica Nacional de la gran Promesa de Valladolid

Hermanos:

Mi vocación sacerdotal está unida desde el comienzo a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús de la cual vosotros sois impulsores para toda España desde esta Basílica Nacional de la gran promesa. Recibí la preparación pastoral como seminarista y la ordenación sacerdotal en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en Avilés. Este hecho me ha marcado mi espiritualidad de pastor en los treinta y cinco años que llevo como sacerdote. El último día que celebré la eucaristía antes de ser ordenado obispo era, precisamente, el día de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Esta coincidencia de fechas me ha hecho pensar que el Señor ha querido colocar mi vida en la llaga de su costado para que junto a Él experimentara su amor misericordioso, como lo experimentó el discípulo amado en la Última Cena, de modo que mi ministerio sacerdotal estuviera impregnado de un amor sin límites a toda la humanidad.

Por experiencia personal puedo decir que quien ubica su vida espiritual en la herida del Corazón del Señor siente, ante todo, un gran dolor de los pecados propios y de la humanidad, anhela amar como el Señor amó a todos los hombres sin excepción y desea extender el Reinado de Cristo por todo el mundo.

Efectivamente, el dolor de los pecados no proviene de un sentimiento de culpa insana, sino de contemplar el Misterio de amor misericordioso que se nos revela en la Cruz de Cristo entregado por todos nosotros. ¡Cuánto nos amó el Señor hasta derramar toda su sangre y qué ingratos somos con su amor! Santa Margarita María de Alacoque escuchó la voz del Señor que le decía en la Eucaristía: “He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres que ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor y que no recibe el reconocimiento, de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor” San Ignacio de Loyola en el Libro de los Ejercicios Espirituales propone en la meditación de los pecados realizar un coloquio “Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz... cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis

pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere.”

Sí, hermanos, consideremos cómo los hombres rompemos a diario el Corazón de Cristo con nuestros pecados y nuestras negligencias y su respuesta no es la ira ni la venganza sino el perdón misericordioso que se nos ofrece por medio de los sacramentos del agua y de la sangre que brotan de su Corazón roto. ¡Que nadie tenga miedo para acercarse al trono de su gracia por culpa de sus muchos grandes pecados! Porque, como dice el profeta Isaías: “Aunque tus pecados sean rojos como la escarlata quedarán blancos como la nieve, aunque sean rojos como la púrpura quedarán como la lana” (Is 1,18)

En este Año Jubilar de la Misericordia, la Iglesia nos invita a ubicarnos en el Corazón de Cristo para ser alcanzados por su perdón misericordioso; no sin antes dolernos de nuestros pecados, confesar y recibir la absolución. Nos invita también a llamar a los pecadores para que se acerquen a Cristo y descubran que su Corazón manso y humilde los abraza para darles su Espíritu y con Él y en Él amor, consuelo y paz.

Las personas que han experimentado el perdón misericordioso de Dios en el encuentro sacramental con Cristo desean amar como el Señor los amó. Pronto se dan cuenta de que esta es una empresa imposible para el hombre si sólo confía en sus propias fuerzas. Necesita ser cubierto por la gracia y el amor que procede de lo alto como le sucedió a María cuando concibió en su seno al Verbo hecho carne. Es el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones quien transforma nuestro ser y lo configura según el Corazón y el amor de Cristo.

El Papa emérito Benedicto XVI en la Encíclica *Deus Caritas est* explicaba cómo se produce en el hombre la capacidad de amar a Dios y de amar al prójimo con el mismo amor con el que Dios lo ama: “El amor al prójimo en el sentido enunciado por Jesús consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero

ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un “mandamiento” externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor.” (DCE, 18)

Aquellas personas que, amadas con el amor revelado en el Corazón de Cristo, sienten el dolor de los pecados y aman como Dios las amó sienten la necesidad de comprometerse a entregar su amor con todas las fuerzas de las que son capaces. Por eso entregan su vida por amor a los demás, especialmente a los más pobres, entregan también todo su tiempo y ponen todas sus cualidades y cosas al servicio del anuncio del Reino de Dios para llevarlo hasta el corazón del hombre y de la sociedad.

El auténtico militante cristiano es aquel que es consciente del amor con el que ha sido redimido y se siente amado en lo más profundo de su ser por el Corazón de Cristo. Este testigo es el que siente la necesidad de salir y de colaborar con una “iglesia en salida” como nos dice el Papa Francisco. Una Iglesia misionera que “primerea, se involucra, acompaña, da fruto y festeja la llegada del Reino de Dios. “La comunidad evangelizadora, dice el Papa, experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. *1 Jn 4,10*); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24)

La comunidad cristiana la formamos todos los bautizados y por tanto, lo que dice el Papa de la comunidad hay que referirlo primeramente a cada uno de nosotros. Por eso; hermanos, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se traduce en gestos, en obras y también en palabras de amor, de misericordia y de esperanza para los hombres de hoy, de modo que hoy se cumplan aquellas palabras que el Señor dice en el evangelio de san Mateo: “Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16)

La Virgen María experimentó desde el momento de su concepción que Dios la amaba y por eso le entregó con toda libertad su corazón para realizar la gran misión de ser la Madre del Salvador. Encomendemos nuestras vidas al Inmaculado Corazón de María.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga